



Antonio Alejo Jaime, *Política global y sociedad civil en las Américas. Nuevas diplomacias en Argentina y México*, Madrid, Catarata, 2017, 320 pp.

El estudio sobre la diplomacia se ha enfocado principalmente en las relaciones entre Estados y los protocolos o convenciones que rigen las negociaciones entre ellos como sustento de la política exterior. Desde principios de este milenio, se ha generado una nueva corriente de literatura sobre nuevos tipos de diplomacia llamadas *nuevas diplomacias*. Por ejemplo, en los libros *The Oxford Handbook of Modern Diplomacy*¹ y *The SAGE Handbook of Diplomacy*,² académicos y exdiplomáticos escriben sobre la diplomacia digital, la diplomacia cultural, la diplomacia de las ciudades, la diplomacia humanitaria, la diplomacia de las empresas transnacionales, la diplomacia de las ONG, la diplomacia de las celebridades, por mencionar algunas. También hay estrategias para la diplomacia científica y de innovaciones, la diplomacia de deportes, la diplomacia de gastronomía, la diplomacia feminista y un sinfín de diplomacias.

Ahora bien, con esta tendencia a la “inflación” del concepto *diplomacia*, uno puede plantearse que si todo es diplomacia, entonces la *diplomacia* ya no significa nada útil, y bien podríamos dejar de usar el término. Efectivamente, Shaun Riordan, exdiplomático de Reino Unido y ahora

¹ Andrew F. Cooper, Jorge Heine y Ramesh Thakur (coords.), *The Oxford Handbook of Modern Diplomacy*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

² Costas M. Constantinou, Pauline Kerr y Paul Sharp (coords.), *The SAGE Handbook of Diplomacy*, Londres, SAGE, 2016.

investigador visitante del Clingendael Institute en Países Bajos, en un artículo publicado en 2017, exclamó: “¡Por favor, ya dejen de crear nuevas diplomacias!”.³ Riordan señala que las nuevas diplomacias se están inventando con trivialidad, sin tomar en serio el término o el concepto de diplomacia. Esto crea mucha confusión entre la agencia (*agency*), el proceso y el tema. Lo preocupante, argumenta, es que la diplomacia y los estudios diplomáticos se van vaciando de significado. Los debates se alejan cada vez más de las preocupaciones de los diplomáticos “reales” y de su trabajo diario. El mayor peligro de las nuevas diplomacias, según Riordan, es que se crea que tienen un fin en sí mismas, sin reparar en que cualquier forma de diplomacia debe ser parte de una estrategia diplomática más amplia: la diplomacia se practica para lograr objetivos políticos no estrechamente limitados a una causa única, ya sea por parte de actores estatales o no estatales. Sin embargo, Riordan no está de acuerdo con los críticos que sostienen que la diplomacia es sólo lo que hacen los diplomáticos de los gobiernos; en otras palabras, si las acciones están cubiertas por las Convenciones de Viena sobre Relaciones Diplomáticas, se es un diplomático. Más bien, él argumenta que se trata de adoptar una mentalidad “diplomática”. Al respecto señala que los diplomáticos tienen una forma particular de estar en el mundo. Ven el mundo en tonos de gris, son conciliadores, ya que tienden a buscar una solución aceptable en lugar de una ideal. Son extremadamente buenos poniéndose en el lugar de los demás. Riordan concluye que si un actor no diplomático y no gubernamental actúa y “ve” el mundo de forma “diplomática”, entonces debería llamársele diplomático.

En respuesta al debate que surgió después de que se publicara el artículo de Riordan, con una perspectiva diferente, Philip Conway, investigador en el Departamento de Política Internacional de la Universidad Aberystwyth, argumenta que: “Dentro de la academia, la decolonización de la diplomacia [como objeto de estudio] apenas ha comenzado”.⁴ Tam-

³ Shaun Riordan, “Stop Inventing New Diplomacies”, en CPD Blog, 21 de junio de 2017, en <https://uscpublicdiplomacy.org/blog/stop-inventing-new-diplomacies> (fecha de consulta: 18 de abril de 2018).

⁴ Philip Conway, “Enough of ‘New’ Diplomacies: Reclaiming the Diplomatic Pluriverse”, en Diplo, 22 de enero de 2018, en <https://www.diplomacy.edu/blog/enough-%E2%80%9998new%E2%80%9999-diplomacies-reclaiming-diplomatic-pluriverse> (fecha de consulta: 18 de abril de 2018).

bién afirma que: “cuestionar las variedades de la diplomacia [...] es una cuestión de soberanía y reconocimiento existencial. En otras palabras, estamos hablando de cuestiones de ontología diplomática: ¿qué tipos de seres pueden ser reconocidos como partes legítimas del compromiso diplomático?”. Conway apunta que, en el fondo, hay que entender que la concepción general de diplomacia parte de una ontología estadocéntrica, occidentalista, y que es un producto de circunstancias históricas. Voces desde el llamado Sur Global han argumentado que durante “la expansión de la sociedad internacional” (es decir, el colonialismo europeo), los no blancos y no occidentales no pudieron ser agentes de la diplomacia hasta que “se convirtieron en algo reconocible, pero inferior al estándar europeo”. Este autor argumenta que los modos de negociación sobre comercio y resolución de conflictos que no se ajustaban a la norma establecida no sólo no podían aceptarse como legítimos, sino que apenas podían aceptarse como existentes, pues no se reconocían sus demandas como legítimas, empezando por el cuestionamiento profundo sobre el tema de la agencia en la política nacional e internacional.

Como bien lo desarrolla Antonio Alejo Jaime en su libro, parafraseando al internacionalista francés Bertrand Badie, se vive en la era de la *apropiación social de la diplomacia*. Otros observadores, como Costas M. Constantinou, Noé Cornago y Fiona McConnell⁵ sostienen que, en lugar de ver esta pluralización de actores diplomáticos en términos negativos como la desprofesionalización de la diplomacia, estas tendencias son más bien ejemplos de una *transprofesionalización*, es decir, el resultado de un proceso particular que refleja el espacio diplomático ampliado y el ritmo acelerado de las interconexiones y redes globales, y las nuevas posibilidades que desatan para practicar la diplomacia en diferentes medios. No cabe duda de que hoy en día la complejidad de la política global se enfrenta con la necesidad de repensar la diplomacia del siglo XXI, para, sobre todo, democratizarla. Efectivamente, muchos de los actores llamados *multistakeholders*, la sociedad civil, los representantes de organizaciones internacionales y regionales, los académicos, el sector

⁵ Costas M. Constantinou, Noé Cornago y Fiona McConnell, “Transprofessional Diplomacy”, en *Brill Research Perspectives in Diplomacy and Foreign Policy*, vol. 1, núm. 4, 2016, pp. 1-66.

privado, que figuran en la diplomacia de redes (*network diplomacy*) son precisamente ejemplos de agentes transprofesionalizados que mantienen su identidad profesional específica, pero han desarrollado su propia *expertise* sobre un tema en particular por medio de aprendizajes y el registro de las experiencias de incidencias. El ejercicio en foros multilaterales de esta identidad complementaria es justamente un reflejo de una transprofesionalización.

En el libro *Política global y sociedad civil en las Américas. Nuevas diplomacias en Argentina y México*, Alejo Jaime parte de creer que no sólo es valioso, sino una necesidad urgente, promover el diálogo con otras disciplinas para repensar el estudio, las explicaciones, los diagnósticos y las posibles soluciones a los problemas mundiales contemporáneos. Este libro contribuye, en el contexto mexicano y en el extranjero, a abrir horizontes y cruzar con confianza las fronteras disciplinarias para la discusión entre académicos, diplomáticos y activistas sobre las nuevas maneras de entender las interconexiones entre los procesos políticos locales y globales de la actualidad. En efecto, esta obra, que se ubica en la intersección entre teorías de las relaciones internacionales y la sociología (enfoque sobre la acción colectiva), ofrece “perspectivas integrales, transversales y complementarias para el análisis de las prácticas narrativas y organizativas de las ONG en las Américas, más allá de lo que ofrece y permite el nacionalismo metodológico” (p. 13), además de la disciplinaria ortodoxa.

Antonio Alejo Jaime coloca la lupa sobre una preocupación relevante en el estudio de la política y las políticas globales cuando señala que las (inter)acciones entre lo local y lo global en distintas escalas y ritmos reflejan su simultaneidad en los países de Argentina y México, que experimentan intensamente la globalización contemporánea, a partir de observar la multiplicidad de actores no estatales que se involucran en espacios y procesos políticos regionales y globales que hasta hace poco tiempo eran exclusivos de los Estados. En este entendimiento, el autor identifica y analiza las “estrategias organizativas y discursivas” (p. 13) de cuatro ONG: Equipo Pueblo (México), con un enfoque amplio en los derechos humanos; el Frente Indígena de Organizaciones Binacionales (FIOB), sobre asuntos de los pueblos indígenas; el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), y la Organización de Naciones y Pueblos Indígenas en

Argentina (ONPIA). Detalla las estrategias de estas ONG para lograr sus objetivos de impulsar un nuevo tipo de diplomacia que ponga en el centro los intereses de algunos grupos particulares de la sociedad y menciona cuáles son las prácticas de estos tipos de nuevas diplomacias en foros multilaterales y espacios transnacionales, que se estudian en el capítulo 3 del libro; entre otros: el Encuentro de Organizaciones de la Sociedad Civil de la Unión Europea (UE)-América Latina (AL) de la Cumbre UE-AL-Caribe, el Encuentro Cívico de la Cumbre Iberoamericana, el Foro de la Sociedad Civil de la Cumbre de las Américas, la Cumbre Social del Mercosur. Asimismo, el autor examina de manera simultánea los mecanismos en la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina para incorporar a las sociedades civiles en procesos de política exterior.

Habría sido interesante leer una argumentación en torno a una posible crítica sobre lo que realmente hacen las ONG. Más bien, estas organizaciones llevan a cabo acciones de cabildeo y de incidencia social, como la de representar intereses o a grupos particulares, pero, en el sentido tradicional del término, no hacen diplomacia. También, cabe preguntarse si estos actores que figuran en el libro de Alejo Jaime podrían hacer un esfuerzo para presentarse como actores más “legítimos” o “eficientes” ante los diplomáticos a nivel nacional o en los foros multilaterales, o tal vez cabría preguntarse ¿para qué se tiene que buscar el consentimiento?, si ya es un hecho que la “subjetivización” de la diplomacia se inserta en una tendencia general, a saber, la individualización de prácticamente todas las esferas de la sociedad contemporánea. Aunque se puede decir que se vive la era de la política posnacional, no estoy segura de que los gobiernos que ejecutan la política exterior estén dispuestos a dejar de jugar con la carta del “interés nacional” en foros multilaterales. En ese caso, un cierto idealismo choca tal vez con la *realpolitik*, pero el choque puede ser “suavizado” por una presencia de nuevas diplomacias, sobre todo, la diplomacia ciudadana.

Si bien la lectura de *Política global y sociedad civil en las Américas* es repetitiva, no deja de ser una obra enriquecedora para entender con detalle tanto los fenómenos y objetos de estudio, como la diversidad de los enfoques disciplinarios que aportan una mirada “fresca” y crítica a los mismos.

Para concluir, nada más me gustaría felicitar a Antonio Alejo Jaime por dejar una contribución única y muy valiosa para construir puentes entre diferentes disciplinas en el mundo académico y servir de base en los debates entre diplomáticos, funcionarios, activistas, expertos y académicos sobre la democratización de la política exterior mediante nuevas diplomacias para la política regional y global.

Rebecka Villanueva Ulfgard